

Un naturalista en Costa Rica

Raúl Elvir*

CON casi una veintena de libros y más de doscientos artículos sobre la Naturaleza de América Central, en particular los pájaros, dentro de un período comprendido desde 1926 a 1984, Alexander F. Skutch constituye probablemente una de las mayores autoridades, si no la mayor, en la materia. "Skutch es hoy día único en ornitología" —ha dicho Eugenio Eisenmann del Museo Americano de Historia Natural—. "Es una regresión —o tal vez una continuación lógica de los naturalistas pioneros. Sabe de historia natural y de biología general sobre los pájaros tropicales americanos, más que ninguno".⁽¹⁾

* Raúl Elvir, ingeniero y poeta, nació en Honduras. Actualmente reside en Nicaragua, donde ejerce su profesión y ha publicado varios libros de poesía. El presente estudio es la Introducción del libro de Alexander F. Skutch, *La Finca de un naturalista*, traducido por él al español y publicado por la Asociación Libro Libre en 1985.

(1) Frank Graham Jr., "Alexander Skutch and the appreciative mind", Audubon 81/2 (1979), 82-96.

A pesar de su abundante labor escrita sobre flora y fauna tropicales, producto de observaciones e investigaciones en Jamaica, Panamá, Honduras, Guatemala, Venezuela, Ecuador y Costa Rica, que comenzó a divulgarse desde 1926 en publicaciones especializadas de Historia Natural, (revistas o boletines sobre botánica, ornitología y reino animal) y posteriormente en libros patrocinados por instituciones, como "Cooper Ornithological Society" y "Nuttall Ornithological Club", Skutch es prácticamente desconocido para el lector centroamericano. Excepto algunos artículos aparecidos en revistas costarricenses vinculadas a la Universidad de Costa Rica —principalmente sobre temas filosóficos— y la publicación por entregas del capítulo "Un Año Tropical" del presente libro, en el semanario "La Prensa Literaria" de Managua, así como el libro *Aves de Costa Rica* que se editó con patrocinio de Doña Marjorie Elliot de Oduber, en aquella época la Primera Dama de Costa Rica, no sé de otra publicación suya en español entre nosotros.

Tal limitación se debe a que sus obras, escritas en inglés, y editada en Estados Unidos la mayor parte, han quedado restringidas para el consumo de cierto público norteamericano, de los especialistas, y eventualmente de algún aficionado a la Naturaleza, como es mi caso. Se comprende que dada la pobreza editorial en nuestro medio, parezca difícil la publicación de escritos como los de Skutch, aunque no deja de causar cierto asombro penoso el hecho de que tantos libros que se refieren a nuestro medio natural, sobre cosas que nos rodean, con las cuales convivimos a diario, escritos en un lenguaje ameno, que abordan incluso temas de filosofía aplicable a nuestra vida diaria, permanezcan separados del pueblo, en parte por la barrera del idioma y en parte por pobreza editorial.

El hecho cobra mayor importancia si nos damos cuenta además de quién es el autor de que estamos hablando. Porque Skutch es no sólo un naturalista de valía, buen escritor, filósofo, sino también una personalidad muy interesante. Nacido en Baltimore, estado de Maryland, Estados Unidos, en 1904, en una casa no muy apropiada para quien gusta de la naturaleza silvestre —según dice en sus recuerdos de infancia—,⁽²⁾ el sitio tenía la ventaja de su proximidad a una de las regiones más agradables del mundo: el suavemente ondulado piamonte de Maryland. Más tarde, la familia se trasladó a una finca que el padre compró. Para el

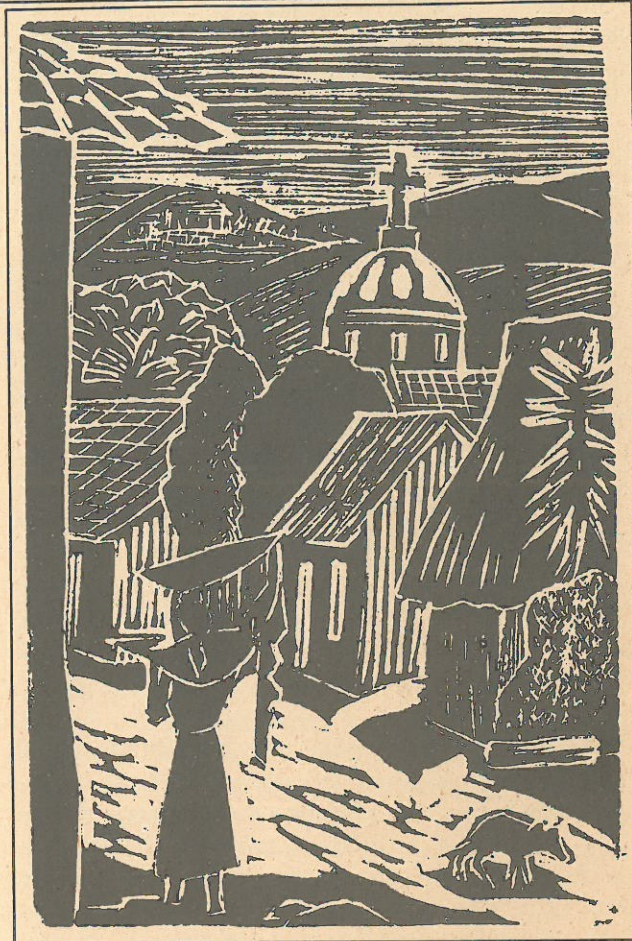
(2) Alexander F. Skutch, "The Imperative Call", University Presses of Florida, (1979): Esta cita y las siguientes sobre su infancia y juventud fueron tomadas de los Capítulos 1 y 2. Pág. 1-21.

niño, ya de tres años, aquello fue su paraíso. Una vieja y blanca casona sobre una colina en medio del césped sombreado de tilos, arces y otros árboles. Más allá un huerto, campos cultivados, potreros y bosques. En la casona había muchos cuartos, muchos cuadros en las paredes, y filas y filas de libros en anaqueles protegidos con vidrio, pues a su padre le gustaban las buenas ediciones. La finca se destinaba a labores agrícolas, con cierta industrialización naciente. La trilladora, que llegaba de temporada a trillar el trigo después de su recolección, era todo un emocionante espectáculo para la chiquillada. Por otra parte, no faltaba un caballo ni ciertas aves domésticas que el padre, "más generoso que prudente", solía llevar de cuando en cuando, en calidad de mascotas: un gallito y dos gallinitas de raza enana Bantam, una pareja de faisanes verdes, una gallina de Guinea. La muerte de una de las gallinitas Bantam, provocó la primera efusión poética del pequeño Alexander: una sentida elegía. Ya desde entonces "tenía un corazón compasivo hacia toda cosa viviente", según declara él mismo.

Al padre le encantaba el campo y hacía excursiones con sus hijos —el mayor era Alexander—, por la finca y sus alrededores, donde entonces casi no circulaban vehículos motorizados. Regresaban a casa trayendo flores silvestres, tortugas que luego soltaban en el jardín, y en el otoño, ramas cargadas de hojas doradas.

Por ese entonces hizo sus primeras letras en una academia del Condado, con buen suceso, al parecer porque le agradaba su profesora que sabía leer tan vívidamente viejas historias sentimentales que humedecían los ojos, y que además decoraba con estrellas doradas los cuadernos de quienes se destacaban por su excelencia, Skutch guarda de ella un grato recuerdo. Cuenta que después del segundo grado, en que ella fue también su profesora, él pasó a otra escuela para seguir sus estudios. Un día, hallándose en clase en esta segunda escuela, lo llamaron para que saliera al vestíbulo; allí se encontró con su antigua profesora, quien le preguntó algunas cosas y antes de partir se inclinó para darle un beso. Nunca más la volvió a ver. Ya adulto, Skutch recordaba felizmente este hecho como significando que él debió ser esa clase de niño que agradaba a la gente mayor, y esa clase de alumno que hacen la enseñanza algo placentero en vez de una ocupación tediosa.

Teniendo ya doce años, una tarde, el regresar del colegio se encontró con un hecho desolador: a



su padre le iba mal en los negocios, y sin que sus hijos lo supieran, se había declarado en quiebra. Por la mañana, mientras el adolescente Skutch se hallaba en la escuela, la finca con todo y enseres había sido subastada. "Cuando supe lo ocurrido, lloré; y para consolarme, mi padre me dio un reloj de oro que había sido suyo. Así aprendí desde temprano las duras consecuencias de la insolvencia, una lección que nunca olvidé, prefiriendo privarme de todo, excepto de las cosas más indispensables, antes que incurrir en deudas".

Después de este suceso, la familia pasó a vivir en una casa nueva, que el padre, "cuyos gustos eran mejores que su habilidad para los negocios", se hizo construir en los alrededores de Baltimore. Aquí pasó Skutch el resto de su adolescencia y su juventud. El lugar tenía la ventaja de estar cerca de un bosque donde escurría una quebrada de aguas cristalinas. A este bosque venía, y se sentaba sobre unas rocas salientes a leer Homero, Keats, Wordsworth, o intentaba "resolver algunas de las perplejidades de un joven que adoptó el principio socrático de que una vida sin análisis no es digna de vivirse, y que consecuentemente no aceptaba todas las ideas de sus mayores. Entre otras cosas,

después de leer la poesía y los ensayos de Shelley, no podía continuar comiendo la carne de animales sacrificados, actitud que me hizo entrar en conflicto con mi padre y el médico de la familia, mi tío, quien predijo, falsamente, que mi salud sufriría a causa de una dieta insuficiente”.

A los 17 años el joven Skutch ingresó a la Universidad John Hopkins, donde su vocación por la Biología y en particular la Botánica, se orientó felizmente hasta graduarse en 1925. Durante el verano del año siguiente fue a Jamaica para efectuar estudios sobre el banano. Posteriormente, en 1928, recibió su doctorado en Botánica. En noviembre de ese año se embarcó en Nueva York con destino a Panamá, gozando de una beca para profundizar sus estudios sobre el banano en la estación experimental de Changuinola. Tales fueron sus primeros contactos con la naturaleza tropical, que por el resto de su vida, habría de absorberlo enteramente.

Luego, en 1930 pasa una temporada en el centro experimental de Lancetilla, Honduras. Realiza cuatro viajes a Guatemala, a comienzos de los años treinta. En 1935 se traslada a Costa Rica, donde, con ausencias cortas, ha residido en los años posteriores. Entre 1940 y 1941 viaja a la América del Sur para levantar una especie de censo sobre las reservas del árbol de hule, por encargo del Departamento de Agricultura de los Estados Unidos. Después de ese viaje compra una finca en Costa Rica, en 1941, y se establece allí de por vida. Todos estos años de vagabundeo por los trópicos le permiten hacer gran acopio de observaciones que darán material para artículos y libros. Después de establecerse en Costa Rica en su finca, se dedica a labores propias de la misma en pequeña escala, a observar y estudiar los seres vivos que le rodean, y a escribir sobre montañas, ríos, árboles y flores, insectos de muchas clases, reptiles y mamíferos, faenas agrícolas primitivas en tierras rústicas, y algo sobre la gente entre quien ha vivido, aunque su tema principal son los pájaros.

¿Cómo definir la obra de Skutch? ¿Se trata de un naturalista, de un escritor, de un filósofo, de un poeta, de un hombre de ciencia, de un viajero? Probablemente sea todo eso y algo más. Muchos textos suyos, constituyen minuciosas descripciones sobre la vida de diversos pájaros, con el ojo de un observador a quien no se le escapa detalle. No es exagerado decir que un dibujante podría sin mucha dificultad, reproducir los ejemplares descri-

tos, como si los estuviera viendo. Los recuentos de actividades de un pájaro que construye su nido, o de una pareja alimentando a sus pichones, es como ver una película en cámara lenta. Skutch aplica todos sus sentidos para percibir todas las sensaciones que puede comunicarnos un ser vivo. Puede pasar muchas horas encerrado en su escondite de tela a escasos metros de un nido, o permanecer inmóvil el tiempo suficiente para dejar que un colibrí se acerque hasta casi tocarlo. No hay hora del día o de la noche en que falte a una cita para observar el nacimiento de un pichón, o el cambio de guardia cuando ambos padres empollan a sus crías. Tampoco la lluvia, el frío, el calor, o las molestias de los insectos son obstáculo para quien pasa horas y horas a la expectativa de algún acontecimiento que le permita conocer los hábitos de anidación, empollamiento, crianza de los pichones, aseo del nido, cooperativismo entre ciertas especies. Tal esfuerzo ha sido generosamente compensado —no sólo por el conocimiento en sí, sino también con la vivencia de ciertos hechos singulares que le permiten añadir a sus descripciones y relatos, cierto sabor anecdótico, algunas reflexiones filosóficas y no pocos momentos de humor y poesía. Esa parte de su obra, vinculada a las ciencias naturales, constituye una importantísima contribución en el campo de su especialidad, y es la que ha recibido mayor reconocimiento, dando oportunidad a la publicación de sus libros con el patrocinio de sociedades y universidades norteamericanas interesadas en la Naturaleza, así como el apoyo mediante becas de la Fundación Guggenheim y del Museo Americano de Historia Natural, y al otorgamiento de honores, como la medalla Burroughs que se le concedió por el presente libro, en el año 1983.

Otros textos de Skutch abordan temas meramente filosóficos, si bien, encuadrados dentro de sus experiencias personales sobre la vida animal y vegetal. El modelo de vida que ha escogido y sus relaciones con el mundo viviente que le circunda, dan pie para numerosas y agudas disquisiciones filosóficas. Son estos escritos los que han desper-

tado mayor interés en Costa Rica, según infiero por las traducciones y publicaciones que se han hecho de algunos de ellos, así como por la inclusión de su nombre en el libro del profesor Constantino Láscaris "*Desarrollo de las Ideas Filosóficas en Costa Rica*"⁽³⁾. Dentro de esta misma línea cabría incluir dos libros sobre religión, en uno de los cuales —"*The Golden Core of Religion*"—⁽⁴⁾ que tuve la oportunidad de leer, analiza el origen de las religiones dentro de una perspectiva antropológica.

Los vagabundeos de Skutch por las regiones tropicales americanas, han dado origen a escritos de viajes, en los que nunca falta su ojo de naturalista y su mente observadora, anotando cuanto puede ser de interés para el geógrafo, el geólogo, el botánico, el ornitólogo.

Contribución no menos importante que su obra escrita de naturalista y filósofo para el centroamericano y en general para cuantos amen la Naturaleza, ha sido la propia vida de Skutch, verdadera encarnación de sus ideales, parte de la cual se narra en este libro. No estimo necesario añadir más sobre la misma, dejando que el lector juzgue por su cuenta, pero haré un breve paralelo. Cuando se conoce un poco de ella, es difícil sustraerse al recuerdo de ese otro gran naturalista y filósofo norteamericano, Henry David Thoreau, quien abandonó la ciudad de Concord para irse a vivir en una cabaña que construyó con sus manos, en un bosque a la orilla de la laguna de Walden, donde estuvo residiendo por dos años enteramente solo, cultivando su propio plantío de frijoles para alimentarse, excursionando por los alrededores —posiblemente con todos sus sentidos aguzados y desarrollados como los de los mismos animales cuyas huellas observaba o como los de los antiguos indios, de cuya desaparición y exterminio se lamentaba. Aquí escribió muchas páginas de diario

(3) Constantino Láscaris, "*Desarrollo de las Ideas Filosóficas en Costa Rica*", Universidad Autónoma de Centro América, Editorial Studium, (1983): 301-308.

(4) Alexander F. Skutch, "*The Golden Core of Religion*", London, George Allen and Unwin Ltd., (1970), Aberdeen University Press.

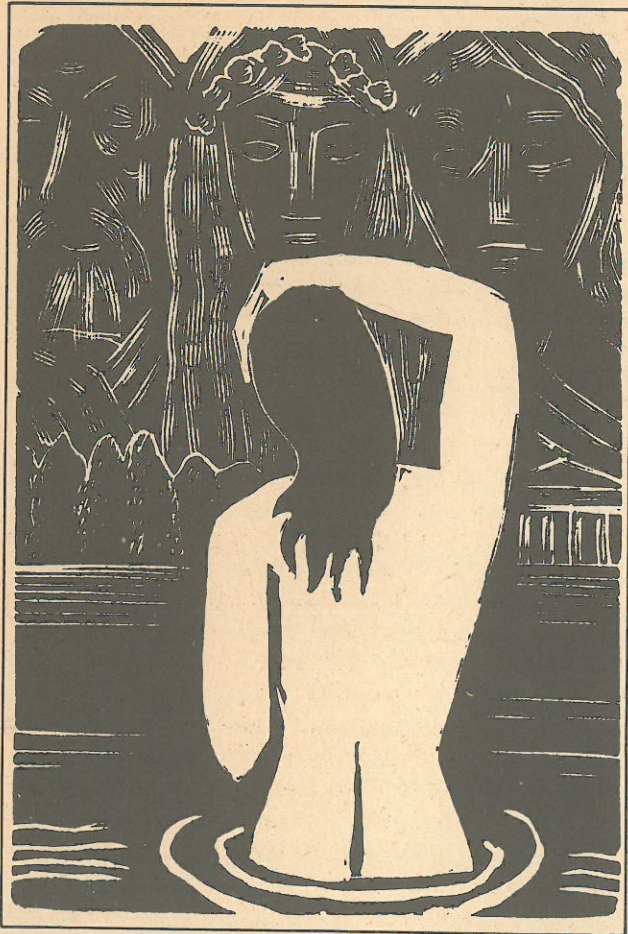
—que luego pasarían a sus libros—, en las que anotaba cuanto veía en los bosques: los movimientos de una ardilla, los ruidos que hacía la nieve al romperse entre los pinos, un incendio forestal con todo su terrible fulgor, la descomposición del cadáver de un animal dando lugar a nuevas formas de vida. Y también sus mordaces críticas sobre economía y política, opiniones sobre religión, la amistad, la educación. A Thoreau le han llamado El Solitario de Concord. No fumaba, no bebía alcohol, nunca comió carne, vivió célibe toda su vida. Leyendo a Skutch, se evoca a Thoreau no sólo por sus similitudes sino también por sus diferencias cuando se refieren a los mismos asuntos. Thoreau era un solitario confeso, rehuía la compañía humana, no le interesaba la vida familiar y se complacía en exaltar la vida salvaje, justificando en ésta, a veces con regocijo, sus mayores crudezas. Skutch en cambio, no es un solitario, vive apartado pero en un hogar y se mantiene relacionado con mucha gente mediante correspondencia y algunos contactos personales, tiene un alto concepto de la vida familiar, y es un ser compasivo, que se condele de las brutalidades y horrores de la Naturaleza, al grado de emitir juicios condenatorios sobre la misma. Para Thoreau, la Naturaleza era inmoral. Léase este párrafo suyo: "Me gusta comprobar que la Naturaleza es tan rica en vida que puede sacrificar miríadas de seres y puede sufrir que los unos devoren a los otros; que los organismos delicados pueden ser aplastados tan serenamente como la pulpa; que las garzotas se engullen a los renacuajos, y las tortugas y los sapos pueden ser aplastados en el camino. Debemos darnos cuenta de la poca importancia que debe concederse a ese riesgo de accidentes. La impresión que produce a un hombre prudente es la de la inocencia universal. El veneno no es venenoso en fin de cuentas, ni hay herida fatal alguna. La compasión es un fundamento completamente insostenible".⁽⁵⁾

Semejante filosofía, trazada con los rasgos broncos que caracterizan a Thoreau, no puede ser nunca la de alguien como Skutch, espíritu bondadoso y compasivo con toda criatura viviente, a quien tal vez Thoreau le hubiera reprochado su conmisericordia, si bien no dudamos que Gandhi o San Francisco de Asís lo considerarían entre sus discípulos. En el capítulo final de este libro, "*Fotosíntesis y Depredación*", se resumen con amplitud y claridad las reflexiones de Skutch sobre el drama que se da en la Naturaleza entre sus criaturas, en su lucha por sobrevivir. La lucidez con que aborda el tema, así como la expresión sencilla y amena que

(5) Theodore Dreiser, "*El Pensamiento Vivo de Thoreau*", Editorial Losada, Buenos Aires, (1944): 37-38.

caracterizan al autor, nos permiten calar toda la profundidad de su pensamiento y ponernos en contacto con su alma sensitiva. El contraste entre ambos escritores, no puede quedar mejor resalta-do después de la lectura del capítulo final.

En estos tiempos, en que los gobernantes de las grandes potencias se plantean la supervivencia de nuestro planeta a base de construir bombas terribles, misiles, misiles anti-misiles y escudos de defensa con propósitos disuasivos y defensivos frente a una posible "guerra de las galaxias", no deja de ser oportuno y esperanzador que aquí en nuestra pequeña América Central, un naturalista y filósofo que dejó su frío país del Norte para venirse a convivir con nosotros en los trópicos cálidos y húmedos, concluya este libro proponiendo frente al drama planteado, una salida que si bien, parece cosa de ángeles, no por eso deja de ser realizable; un reto —si se le puede llamar así— en el que las armas sean la moderación y la libertad, para que la raza humana, libre de excesos de toda clase, pueda seguir "medrando por un largo período sobre



un planeta que se mantendría fecundo y bello". ¡Qué bueno si los gobernantes creyeran más en la prudencia de sus sabios que en la audacia de sus generales!

Concluyo, refiriéndome brevemente al trabajo de traducción desde dos aspectos —uno global y otro particular. El texto preliminar en su totalidad fue revisado por el autor, poniendo énfasis en aquellos detalles de carácter técnico y de interpretación propiamente dichos. Agradezco su ayuda y paciencia, que me han sido de gran valor, así como su autorización de traducir la obra, que constituye para mí un honor. Ello no me exime por supuesto de la responsabilidad por cualquier error de traducción, que asumo enteramente. El otro aspecto, se refiere a los nombres de pájaros utilizados en la traducción. Con excepción de cuatro especies señaladas en el índice, éstos corresponden a la *LISTA DE PAJAROS DE COSTA RICA SEGUN LOCALIDAD* elaborada por F. Gary Stiles y T. James Lewis en 1980, que constituye quizás el primer intento serio de proveer una nomenclatura estándar para las aves del neotrópico. A ellos también mi reconocimiento por el permiso concedido. Con el propósito de ayudar al lector centroamericano en la tarea de identificar ciertas especies que tienen distintos nombres vulgares en cada país, se anotan al final del libro, en el índice, aquellos de uso más popular y que ha sido posible obtener, al lado de su nombre científico y del utilizado por el traductor. Los nombres vernáculos, son obra del pueblo. Muchos de ellos constituyen verdadera poesía condensada. Son los brotes con que un idioma se renueva. No creo que la adopción de una lista oficial elaborada con propósitos de comunicación universal, los hará desaparecer. Ojalá así sea.

Para terminar, considero de justicia referirme a los escritores nicaragüenses Jorge Eduardo Arellano y Juan Aburto Díaz por su ayuda en la obtención de ciertas fichas bibliográficas, Jaime Incer Barquero —quien me inició en el conocimiento de Skutch desde 1960— por su asistencia en numerosas consultas científicas y lingüísticas, y Octavio Robleto, primer lector de este libro en su versión preliminar, cuyo conocimiento del campo y de su lenguaje hizo posible la utilización de términos rurales más felices que los escogidos originalmente, así como por el animoso entusiasmo con que acogió la idea de esta traducción y con que fue leyendo los manuscritos a medida en que éstos se producían. A todos ellos, mi agradecimiento.